

CUADRANTE LAS PLANAS

En noviembre de 2009, un jurado integrado por Juan Marsé, en calidad de presidente, Almudena Grandes, Jorge Edwards, Élmer Mendoza y Beatriz de Moura declaró esta obra de Willy Uribe finalista del V Premio Tusquets Editores de Novela.



colección andanzas

Lo recuerdo grande y oscuro tras la mesa de su despacho en Santa Clara, pero su nombre se me perdía entre muchos otros que fueron y vinieron mientras yo naufragaba en las aguas del Nervión. Supe que podía buscarme un escondrijo y que no me pediría el pasaporte, eso era todo lo que necesitaba. Había escapado de Bilbao y me vendría de perlas una temporada por los márgenes. En todo caso, allí estaba aquel hombre, faltando a su palabra. Dijo que podía estar en La Coquita dos años, si no se caía antes a pedazos. Cuando volvió, al cabo de año y medio, vio que estaba bien instalado. Una ventana, una puerta, dos sillas, una mesa y una cama. Allí estaba el rincón de la cocina, con el fogón limpio y la tina con agua fresca, y después el resto. El tiro de la chimenea limpio. Incluso leña. Preguntó por ella. Era raro verla por allí.

—¿De dónde la has sacado?

—Pasó un carro cargado. Se la cambié por dos conejos.

—¿Tienes conejos?

—Los cazo.

Tenía ojos como sartenes. Las legañas parecían res-

tos de tortilla. Tras año y medio había olvidado su nombre, si es que alguna vez me lo dijo. Vivía en Santa Clara y olía a complicaciones de la cabeza a los pies.

—En Las Planas no hay conejos.

—Tampoco leña —le dije—. Y ya ve.

Señalé los troncos junto a la chimenea y sonreí de felicidad. Si alguien se jacta de conocer el frío que pase por La Coquita para estrechar la relación.

—Ni conejos ni leña ni nada. Por aquí sólo quedan locos como tú.

¿Era su casa o la mía? Si era suya, cabía pensar que tenía derecho a insultarme, pero si La Coquita era mía, entonces él no actuaba de la manera correcta.

—¿Sabes cuánta gente vive en un radio de veinte kilómetros a la redonda?

El peor mes era septiembre. La tierra estaba tan idiotizada por el jodido invierno que el puro aire se congelaba, cansado de sobrevolar una tierra estática. Cualquier tipo de leña que pudiera almacenar era una lotería. Le había escuchado, sí. Pero es difícil prestar atención a un tipo que te insulta a la cara y al que ves como un compacto y seco pedazo de madera. No recordar su nombre era peor.

—Dos viejas y un tonto en Arroyo, una familia de ladrones en Mirandel y tú en La Coquita. Un loco.

¿Puede alguien introducir razonamientos existenciales y de índole personal en el cerebro de un leño? Le dije que cualquier lugar resultaba interesante si uno se encuentra en plena forma. Seguido le expliqué que mi plena forma era en soledad.

—¿Has arreglado la casa tú solo?

Cuatro paredes, el tejado a cuatro aguas y la puerta y la ventana orientadas al norte, hacia la teta de tierra. Una mesa y dos sillas. No le invité a sentarse, pero lo hizo.

—¿Tienes algo para beber?

No puedes beber en tu casa con alguien que no sabes cómo se llama. Y eso, por mi parte, permaneció del mismo modo. Él sí me preguntó mi nombre. Dijo que no lo recordaba.

—Sera —respondí.

—¿Y los apellidos? Los españoles usáis dos.

—Idókiliz Gandiaga.

—¿Vasco?

—Gallego.

—No tienes el acento.

Se recostó en la silla. Había hecho un viaje muy largo desde la ciudad, pero en un coche como el suyo se llevaba mejor. Tal vez paró en algún motel del camino, por Peralta, quién sabe. Yo jamás había estado allí, pero sabía que Peralta estaba por alguna parte en aquellas planicies, lo mismo que Hierros, El Crucero o Arual. Nada me decían, tan sólo estaban en algún lado y era poco probable que me acercara a ellos a no ser que aquel hombre se empeñara. Su cabeza y su apariencia eran como la de una bola de acero cubierta con una ligera película de grasa. O mejor aún, la de un tronco para echar a la chimenea en las noches de invierno, cuando el espacio sideral se abalanzaba sobre Las Planas para congelarlas con su aliento.

—¿Nada de beber? ¿No tienes fude?

—Lo siento.

—¿Y agua, al menos?

—Disculpe. Agua sí, pensé que...

—Mejor no pienses nada.

En verano recogía el agua en el manantial, a dos kilómetros de La Coquita. Hacía el paseo cada dos días. En invierno me las ingeniaba con el hielo. Era mi venganza. Lo descongelaba y lo devoraba. Le serví un vaso. Lo alzó y lo puso a contraluz. Mil muescas. Ni un solo germen. Pero los gérmenes no se ven y las muescas sí.

—Necesitas una mujer y que te venga con un camión lleno de cosas. La civilización, amigo. Tú ya sabes lo que es, procura no olvidarla o te meterán en una reserva.

Aquel maromo con ojos como paellas me sorprendía. No sabía que en la civilización los cerdos estudiaban filosofía.

—Hay una persona que también quiere esconderse y me paga el triple que tú. Vas a tener que largarte.

Me recuerdo recostado contra la pared exterior de la casa. Sentado en el suelo bebo un vaso de agua. El vaso tiene muescas, puede que también algún germen. Y es que volvían, los gérmenes. Lo hacían de golpe y yo era incapaz de rechazarlos.

—No son gérmenes. Es esquizofrenia —me dijo un día mi hermano.

El primer síntoma de la presencia de los gérmenes fue el ruido de su coche. Lo escuché antes de verlo. Después aparcó, bajó y el motor quedó al ralentí. Durante toda su estancia allí el motor permaneció trabajando. Sonó primero lejano, después molesto, más tarde atosigante. Le dije que lo apagara, pero no hizo caso. Dijo que mi nombre era extraño, que le faltaba algo. No le contesté, sin embargo volví a pedirle que apagara el motor. Nos buscamos la mirada y él la retiró. Él perdía. El coche continuaba rumiando. No había un motivo aparente que le impidiera levantarse, salir al exterior y apagar el motor. Fue entonces cuando dijo que tenía que largarme de La Coquita.

A mi familia le faltaban sílabas. Mi padre fue Estanis y mi madre Loren. El *lao* y el *za* se lo dejaron por el camino, sólo para los documentos oficiales. Yo era Sera, sin *fin*. En Bilbao había clientes que lo pronunciaban con equis. Decían: Xera, dos punta fina azules y una carpeta de gomas... Xera, cóbrame... ¿Qué tal tu aita, Xera?... Suena diferente. Xera con equis y Sera con ese. En el colegio, en cambio, me llamaban Finito. Y se descojonaban. Pero lo peor de todo fue que nunca tuve valor para liarme a sopapos. Mi hermano decía que era muy probable que ahí em-

pezaran mis problemas, en negar mi verdadero nombre al aceptar un concentrado sin sentido.

—Idókiliz Gandiaga. Es curioso, creo que es la segunda vez que escucho esos apellidos. La verdad es que estoy hecho un pequeño lío. Hay alguien que anda buscándote. Es como si además de haberte escondido también tuviera que sacarte a la luz. Recoge tus cosas y lárgate, eres demasiado extraño.

Siempre existe la posibilidad de que te encuentren. Cuando eso ocurre es difícil disimular lo mucho que incomoda.

—Le pagué por adelantado. Dos años —le contesté.

El ruido del motor seguía haciendo añicos el maravilloso día que había comenzado con el sol sobre las planicies del este, continuó con el sol sobre las planicies del sur y acababa, podrido del todo, sobre las planicies del oeste. El motor soltaba sus erres frente a un atardecer que se pringaba de colores. Sólo al norte, en medio de las planicies del norte, se levantaba una teta de tierra. Allí estaba el manantial y un grupo de arbustos a los que el viento castraba de continuo.

—No tengo que darte ninguna explicación. Lo único que te queda es largarte cagando leches. ¿No lo decís así en tu país?

De pronto cesó el ruido. Me había acercado al vehículo y había apagado el motor. El silencio era fenomenal. Ni un alma en kilómetros, ni un conejo dormido pero todos expectantes. El anochecer es la hora de los perros. Había algunos por la zona. Hacía año y medio, poco antes de mi llegada a Las Planas,

se comieron a dos de los niños de Mirandel. El caso es que tenía las llaves del coche en mi mano y avanzaba hacia el hombre. Dio dos pasos hacia atrás, empuñó una silla y la alzó sobre su cabeza. Era muy lento. Su barriga apareció ante mí con la fragilidad de una ballena varada en la orilla. Pude golpear a placer aquella panza, pero no lo hice. Yo sólo quería devolverle las llaves y decirle que mejor así, en silencio, para discutir lo que hiciera falta. Mantuvo la silla en alto durante unos segundos y después intentó aplastarme con ella. Sus movimientos eran torpes. Esquivé el golpe y salí de la casa. El hombre me seguía.

—Dame las llaves, cabrón. ¿Qué crees que estás haciendo?

Corrí para alejarme de él. En cuanto la distancia fue suficiente me detuve. Trotaba como un buey, a pasitos cortos, hasta que se detuvo. Dobló la espalda y apoyó las manos en las rodillas. Estábamos a una distancia de unos cincuenta metros y escuchaba sus jadeos con claridad. En cuanto recuperó el aliento volvió a perseguirme, pero al cabo de muy pocos metros se detuvo de nuevo. Le sobraban kilos, desde luego, pero no como para flojear de ese modo. Se sentó sobre la tierra, más bien se desplomó. Respiraba con mucha dificultad y alzó una mano hacia mí. Un asmático, pensé. Tal vez imploraba por su inhalador. Pero no se me iba a ocurrir acercarme para que me lo dijera al oído. Si su voz apenas era un hilo, sus manos aún podían ser peligrosas. Su boca se abría hasta romperse y sus pulmones parecían hincharse, pero

dentro de ellos no había más aire que el que cabe en una pompa de jabón. Murió en menos de un minuto. Cuando revisé sus cosas no encontré ningún inhalador. Entonces pensé en un infarto, o en un millón de gérmenes trabajando en equipo. El caso es que yo no había tenido nada que ver. Así me lo juré unas cuantas veces frente a su cadáver, minutos antes de irme a dormir.

Los perros se dieron un festín. Esa noche escuché sus peleas ante ciento diez kilos de carne, grasa y huesos, algún músculo también. Por la mañana sólo quedaban una mancha de sangre que había empapado la tierra y un atajo de ropa destrozada a dentelladas. Me senté apoyado en la pared de la casa y contemplé el escenario. Pensé en la dificultad de que el fulano concibiera una muerte como la que tuvo. Sin duda fue un contratiempo. No que muriera, sino que lo hiciera en mi casa, que era suya, o lo fue, porque ya nada de este mundo le pertenecía. En la ciudad los perros van por libre y con collar, mientras que en Las Planas juegan a montar grupos paramilitares. Eran la hostia los perros que rondaban La Coquita, Arroyo y Mirandel. Conocían el sabor del hombre y lo tenían en gran estima; buena y abundante proteína, excelente tuétano y un corazón con un punto de amargura.

Estuve mucho tiempo sentado. Por las planicies del

sur, a la distancia de un tiro de mortero, comenzaron a amontonarse los cúmulos. En la base eran negros, sin matices, pero sus cimas parecían níveas cúpulas vaticanas repletas de ángeles que me contemplaban divertidos. Sólo era un puntito en la inmensidad, pero ellos lo sabían todo de mí. Yo, en cambio, suspiré por un desintegrador de ángeles.

—Ni ángeles ni gérmenes, hermanito. Tu cerebro, que está enfermo, con las neuronas apretujadas y funcionando en cámara lenta.

Cuando el sol alcanzó el mediodía, las nubes se lo tragaron y comenzó a llover. Alguien había rellenado las gotas con plomo. Eran grandes como globos, estallaban sobre la tierra y la inundaban. Saqué la tina y en diez minutos se llenó hasta el borde. Después me acerqué hacia el trozo de tierra empapado en sangre y me arrodillé. Su funeral. El del fulano, porque murió sin que supiera su nombre. Antes de quemarlas, eché un vistazo a lo que quedó de sus ropas y no encontré cartera alguna. Imaginé que sería de cuero y que se la comería algún chucho, pero ya qué importaba. Seguido me fijé en el coche. Tan grande y tan amarillo. Pensé que iba a ser difícil hacer desaparecer una bombilla de ese calibre.

Primero alguien fue hacia un lado y después hacia otro, luego otro tipo fue hacia allí para más tarde diri-

girse hacia allá. Con el tiempo se perdieron y de la pérdida sobrevino un cruce de caminos. Después otros tipos circularon por la zona, puede que igual de perdidos o puede que no, el caso es que los caminos se convirtieron en pistas y el cruce se convirtió en un lugar de referencia cuando algunos de esos tipos se encontraban en medio de las planicies. Más adelante, al cruce lo llamaron La Coquita. No sé el motivo. No hay nada que haga pensar en una coquita, ni siquiera sé si esa palabra existe. Mirandel y Arroyo tienen un origen idéntico a La Coquita, pero ni en Mirandel hay nada para ser mirado ni por Arroyo cruza arroyo alguno. Entonces se me ocurrió cambiarle el nombre. La Bombilla, pensé, mirando el coche, grande y amarillo, mientras a su lado, donde al fulano se lo comieron los perros, ya había crecido un grueso matojo de cardos. ¿Dónde podría esconder un coche de esas características? Tan grande y estúpido. Tendría que hacerlo algún día. O irme con él. Cavar un agujero lo descartaba. Irme con él me parecía más divertido, sin duda. Llevaba el ritmo de un hongo en el planeta Nada.

—No te escondas. Vuelve a Bilbao, échale huevos y acaba lo que empezaste. Y si no, muérete en tu caracola, por favor.

A mi hermano le gustaba incidir sobre la sílaba que le faltaba a mi nombre, ese tipo de fonemas que te marcan hasta el final. Algo tan claro, con tanta simbología, tan demagógico, tan poco sutil, que no podía escapar a ello.

—Con tanta alma y tanto corazón, ayudar al próji-

mo y no creer en Dios o en un partido político es un desperdicio para el santoral. Y un enorme desperdicio para una ciudad como Bilbao, siempre ávida de personajes ilustres. Sería bueno para la ciudad que se te reconociera, hermanito. Si es que las cosas cambian por allí alguna vez. Imagínatelo: un día de la Semana Grande en tu honor, además de alguna plaza o calle de las nuevas. Nada menos se merece alguien que fue capaz de enseñar la polla a medio planeta. Esa puta foto es un icono, ¿sabes? O lo será algún día, en otro tiempo. La despojarán de cualquier compromiso y será vendida junto al careto del Che en los tenderetes del mundo entero. Bob Marley, el Che y el Cristo del Arenal, la trilogía de los sueños rotos.

Gorda se luce, flaca desluce..., tenéis tiempo, es una adivinanza. Ayer volví de Mirandel con comida. El patriarca de aquel circo de enanos tiene un bigote exagerado, como corresponde a un domador de chinches. Le pregunté por los perros y me dijo que no los sentía desde hacía días.

–Le he conseguido orujo. A todos los gallegos les gusta, pero no le digo que será barato.

–No quiero orujo.

–Le puedo vender marihuana. Tampoco será barato, ya sabe cómo se vive por aquí.

Le dije que tampoco quería marihuana, pero que

si disponía de orujo y de marihuana, no se vivía tan mal en Mirandel. Al menos él, porque sus hijos iban todos dando saltos en pelotas. Después regresé a La Coquita con una tranquilidad sorprendente, cubriendo los veinte kilómetros en unas seis horas de agradable paseo. Al llegar observé el coche. No iba a desintegrarse por sí mismo, pero tampoco iba a salir corriendo. Además, tapaba el viento a los cardos, que crecían bien tiernos sobre el fulano. Entonces me pregunté por primera vez, gilipollas de mí, por qué nadie había venido aún a buscarle. Volví la cabeza y contemplé el coche como lo que era, un problema. Nadie iba a creerse que aquel tipo murió de un ataque al corazón o de asma, a saber, ni que después se lo comieron los perros. No si el vehículo continuaba allí. Un faro con forma de dedo y señalándome. La idea de montarme en él, tirar hacia el sur y esperar a que el coche se evaporara de algún modo, lejos de La Coquita, ganó enteros. También estaba la de cavar un agujero para enterrarlo, pero realmente me daba pereza ponerme a ello. Incluso tendría que buscar un pico y una pala en Mirandel o en Arroyo, y siempre quedan sospechas cuando alguien como yo, tan raro para ellos, llega desde La Coquita en busca de un pico y una pala.

Decidí que en cuanto los cardos estuvieran a punto me daría un festín con ellos y después me largaría hacia el sur. Aún era verano. Cuando el invierno comenzara a enseñar sus malas intenciones volvería a La Coquita para helarme menos. Unos grados de latitud

hacia el ecuador siempre ayudan, aunque sean milésimas. Supuse que, para cuando regresara, nadie me preguntaría ya por el fulano, que andarían buscándole por otros lugares.

Después de creado el cruce de pistas, alguien, tal vez uno de los que andaban por allí de un lado a otro, o algún funcionario de la ciudad, decidió que aquel era un buen lugar para edificar uno de los enclaves que el gobierno planeaba para colonizar el cuadrante Las Planas. Llegaron unos operarios y parcelaron las tierras cercanas al cruce. Después se pusieron a la venta a un precio ridículo, aunque puede que en realidad fuera excesivamente caro, porque sólo se vendió una parcela en La Coquita. Y la compró el padre del fulano que se empeñaba en abonar los cardos. Él me lo contó en su despacho, cuando llegué a Santa Clara y le pregunté por algún lugar donde perderme un tiempo. Hablaba mucho y preguntaba poco. Conmigo le bastaba saber que necesitaba esconderme a fondo y que le pagaría por ello. Al nuevo pueblo de ningún habitante y una sola casa, porque el padre del fulano se limitó a levantar el edificio en señal de posesión y después regresó a la ciudad, le pusieron el nombre administrativo de K. 120, que podrían ser los kilómetros que median entre algún punto geográfico y este cruce. Ante un nombre tan exótico, los pocos que cono-

cían el lugar continuaron con el tradicional de La Coquita. La casa tomó el mismo nombre, no podía ser de otro modo. Se encontraba a veintitrés pasos del cruce. Era de cemento y en un principio su fachada estuvo pintada de azul claro, lo que la haría destacar en un paisaje donde los cielos acostumbran a desfilarse de gris. También tuvo un porche, pero algún vendaval de paso se lo llevó enganchado en las mandíbulas. El tejado permaneció porque no tenía alero alguno. En realidad, el tejado era lo mejor de la casa. A cuatro aguas y con una sólida chapa de zinc remachada a unas vigas hermosas y bien trenzadas entre sí. Puede decirse que el tejado salvó a la casa. Después llegué yo e hice un buen trabajo. Eso nadie me lo va a negar. Con ayuda de los de Mirandel, claro, no lo olvido, lo suyo me costó.

—¿Poeta?

—En busca de inspiración. Sera Idókiliz. ¿No me ha leído? Lástima, me dejé los libros al marchar de Bilbao.

—Tal vez las viejas de Arroyo. Ellas sí leen.

Sin aquel tejado la casa sería ahora un muro rodeado de cascotes. Era una garantía sólida. Confiaba en él. Podría largarme al sur y volver al cabo de un par de meses con la seguridad de que La Coquita estaría intacta. Y los cardos excelentes. Los comí albardados. En La Coquita tenía hasta huevos. Volví la vista unos segundos y le dije hasta pronto. Encendí las luces y el motor de aquel animal dorado y me dirigí hacia el sur.